



EL MERCANTIL VALENCIANO

DIARIO POLÍTICO INDEPENDIENTE, LITERARIO, COMERCIAL Y DE ANUNCIOS

Año XXXVIII DE D. MANUEL GARCIA BLANCO

Núm. 14.440

Número suelto
5
céntimos

Precios de suscripción	POR UN MES	TRIMESTRE
En Valencia, Grao y Cabañal.	Ptas. 1'50	Ptas. 4'50
En el resto de España.		• 4'50
En el extranjero.		• 9

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN É IMPRENTA, BALLESTEROS, 1

Valencia.--Martes 5 de Enero de 1909

TELÉFONO NÚM. 62

Precios de los anuncios			REBAJAS convencionales á los señores suscritores
EN 1. ^a PLANA Por línea	2. ^a y 3. ^a PLANA Por línea	EN 4. ^a PLANA Por línea	
Ptas. 1	Ptas. 0'50	Ptas. 0'10	

Corresponsales en PARIS. — Mr. A. Lorette, rue Caumartin, 61, y monsieur John Jones & C.^o, rue Faubourg Montmartre, 31 bis.
En BARCELONA. — Sres. Roldós y C.^o, Rambla del Centro, 37.

Número suelto
5
céntimos



LA ESENCIA DEL LIBERALISMO

CÓMO PIENSA UNAMUNO

Desde Valladolid nos envían la síntesis de la conferencia que anteanoche dió el Sr. Unamuno, y que con mucho gusto publicamos, sin que ello signifique identificación con las ideas vertidas por el sabio rector de la Universidad de Salamanca.

El Sr. Unamuno es una autoridad en la Ciencia española; es hombre de ideas propias, y sobre todo esto, es un amante sincero de la cultura patria.

Por eso sus ideas deben ser consideradas, mereciendo siempre los honores de la discusión y de la crítica.

Por otra parte, el tema es importantísimo y de gran actualidad, aunque parezca viejo. Con ser tan vieja la libertad, su verdadero concepto no está bien definido y sigue sujeto á la controversia de los sabios.

Voy á hablaros de la esencia del liberalismo, de su permanente ó intrínseca razón de ser, y no de nuestros partidos políticos liberales.

¿Qué razones llevan á uno á declararse liberal? El joven que ha concluido su carrera académica y emprende la política, mira á ver en cuál de los dos partidos turnantes hay más hueco, ó bien un padre precavido dedica un hijo á liberal y otro á conservador, ó se va el joven tras de un caudillo, por afecto personal ó por gratitud. Las ideas no entran casi por nada, y aun hay más, y es cierta incapacidad para idear. A los dos partidos turnantes se los podría llamar par ó impar, siendo indiferente cuál ha de llevar una ú otra denominación. Lo que está en crisis no es el partido liberal, sino el liberalismo, y lo está por falta de contenido doctrinal. Podría pasar eso del bloque si fuera para hacer de él estatua, desbastándolo.

El contenido doctrinal de nuestro partido liberal ó progresista histórico se ha agotado porque era pozo y no manantial. Sagasta, con un criterio puramente empírico y circunstancial, pidió una serie de instituciones,—sufragio universal, jurado, etc.,—que una vez logradas se agotó la virtualidad del principio. Le faltó filosofía, ó mejor, teología política. Querían, además, los liberales más el poder que la doctrina; su hambre era hambre de presupuesto, no de ideal.

El liberalismo español se inspiraba en las doctrinas llamadas manchesterianas, era el individualismo y el librecambismo llevado á las ideas. Su primera confusión arrancaba de su concepto de la libertad, un concepto negativo, entendiéndola exención de coacción y hasta limitación de la autoridad al mínimo.

Contraponían, con Spencer, el individuo al Estado, y era éste, para nuestros liberales, un mero gendarme y órgano de derecho tan sólo. Su consecuencia rigurosa ha sido el anarquismo estéril. En ella ha venido á parar el «dejad hacer, dejad pasar», y la doctrina aquella de que nadie mejor que uno mismo conoce sus propios intereses. Fue un liberalismo destructivo y como tal útil, pero hoy urge construir.

El liberalismo ha sido en España factor del descrédito del Estado, cuando el Estado moderno, hijo del Renacimiento, de la Reforma y de la Revolución, es, frente á la Iglesia, el verdadero órgano de la cultura.

Tiene el liberalismo, pues, que sustituir la estéril definición negativa de la libertad por otra positiva. La libertad es la concurrencia de la ley, la ley internada, y la ley es

social. La verdadera libertad no es individual. Y no es paradoja que los más grandes liberales hayan negado el libre albedrío. Y la libertad es carga más que beneficio, deber más que derecho, y engendra responsabilidades. Hay que acabar con la «santa gana». La verdad os hará libres, dice el Evangelio.

La libertad es colectiva y social, no individual, y el fin del Estado, fuente de libertad—pues el Estado la da, no la garantiza tan sólo;—el fin político, civil, social, es la cultura, la elevación del espíritu humano, su deificación.

El liberalismo es socialista. Pero al decir socialista no entendáis ese socialismo puramente económico, el del materialismo histórico, no. No se trata de cuestión de estómago, sino del hombre entero; no de reparto de riqueza, sino de cultura. Podrá ser que en la base de los fenómenos sociales esté el económico, el de estómago, pero en la cúspide está el religioso, el de espíritu. Lo religioso es la envolvente de la vida social toda, y por ello debe empezarse. El liberalismo es, ante todo, una teología, y pues la libertad es colectiva, social, y consiste en la conciencia de la ley, hay que empezar por adquirir conciencia de la ley de la vida de un pueblo, cual es su fin. Y su fin es hacer cultura.

Un gobierno puede entender que el último fin humano es un fin individual, la consecución de la felicidad individual eterna, y proponerse protegerla administrando para la paz de los espíritus y la riqueza. Tal es el criterio conservador católico. Busca la paz de los espíritus y el bienestar económico. En semejante criterio el fin sustantivo es el de la Iglesia, y el del Estado no es más que adjetivo, hacer que lo pasemos lo menos mal posible en este valle de lágrimas.

El criterio liberal, humanista, es que el Estado tiene un fin sustantivo y religioso, cual es realizar el reino de Dios en la tierra: la cultura.

Todos conocéis la leyenda bíblica de la caída de nuestros primeros padres. Dios puso á Adán en el Paraíso—dieron—para que lo cuidara y trabajara, prohibiéndole comer del árbol de la ciencia del bien y del mal. Era el régimen conservador. Pero llegó el Tentador, le hizo probar la fruta del árbol de la ciencia, vióse sujeto al trabajo y al progreso y empezó el régimen liberal, merced á la feliz culpa—que así la llama la Iglesia misma—que nos trajo la redención. Y así el liberalismo es no sólo pecado, sino pecado original.

La tentación fué tentación de ciencia. Y si la interpretación vulgar, materialista es otra, la de entender por ella la concupiscencia de la carne, es porque son legión los que no sienten aquella.

La libertad es libertad de conocer más que de gozar. Hay que reaccionar contra esa marea reaccionaria de espectáculos libidinosos, «Carnes flacas», «Alegres trompetarías», «Guedejas rubias», gorrinadas, en fin. El primer deber del liberalismo es arrojar de España al imbécil «Don Juan Tenorio», el libertino antiliberal. Contra los libertinos es contra los que más tuvo que luchar el gran liberal Lutero.

Ved, por otra parte, el temor á la ciencia de los odiadores de la cultura, de los que repiten el «eso no me lo preguntéis á mí que soy ignorante», de los que ensalzan la feliz



ignorancia, de los que con el Eclesiastés. el gran conservador, proclaman que quien añade ciencia añade dolor. Venga este dolor.

Observad, además, que dice ciencia del bien y del mal. Es decir, que no cabe aprender el bien sin aprender el mal, y de aquí que no puede prohibirse la difusión de las llamadas malas ideas, pues sin conocerlas no cabe conocer las buenas. Probadlo todo.

Y es ciencia del bien y del mal, no de lo útil y lo inútil, no la rebusca del bienestar pasajero. Esa ciencia no es mera ingeniería.

Y la consecución de la ciencia del bien y del mal es función social del Estado. A éste le compete la instrucción pública y obligatoria, correlativa al servicio militar obligatorio. No puede dejarse la enseñanza al padre. La educación familiar trae la decadencia de los pueblos: los padres entregan sus hijos á esclavos. Si no enseña el Estado para la cultura, enseñará la Iglesia para la egoísta felicidad individual.

En nombre de la felicidad no podéis exigir sacrificios á los pueblos; en nombre de la cultura sí. Y el ser un pueblo culto y progresivo cuesta caro, cuesta sacrificios dolorosos, cuya finalidad pocos comprenden. Y de aquí que el llamado pueblo, la masa, no sea liberal, sino conservador. Y es torpeza querer identificar el liberalismo con la democracia, donde, como aquí sucede, no hay demo, no hay pueblo organizado. La masa popular está desengañada del liberalismo, porque cándidos señadores le hicieron creer que la libertad abarataría y facilitaría la vida, y la libertad la encarece y la dificulta. La libertad no es paz y sosegado hartazgo, sino eterna inquietud y sacrificio eterno para que mi pueblo haga ciencia, arte, filosofía, religión, cultura, en fin. Los derechos individuales, lejos de añadir gallina alguna al puchero, acaso la restan. La libertad de pensamiento obliga á pensar, y es más cómodo y más barato tomar pensado; la libertad religiosa nos quita la cómoda almohada del credo, sobre que se duerme bien el sueño sin ensueños del alma.

Hay que hacer de la masa un pueblo, y un pueblo que tienda á realizar la cultura, el reino de Dios, aquí abajo, considerando esto, no como cárcel ó posada en que se viene á pasarlo bien mientras llega el día de la partida á la morada de la queda eterna.

Y este es un fin civil y religioso á la vez, pues precisa civilizar el cristianismo, es decir, hacerlo civil, secularizarlo, desamortizarlo. De poco sirve desamortizar los bienes del clero si no desamortizamos la doctrina evangélica.

La libertad de conciencia es hacer conciencia colectiva humana; la libertad de cultos es hacer cultura; secularizar el cementerio es aprender á morir civil y serenamente, sin hacer de la muerte hipócrita y cobarde rito. Liberalismo es civilismo y es progreso.

El progreso arranca de haber probado la fruta del árbol de la ciencia, y es el esfuerzo por arrancar á Dios su secreto. No pueden sentir el progreso los que se creen hijos caídos, degenerados, de un hombre perfecto. La verdadera doctrina del progreso es el evolucionismo transformista. El hombre va á Dios.

El verdadero liberal cree en el progreso, y por creer en él cree en la tradición, mucho más que los llamados tradicionalistas, para quienes la tradición es escoria y no mina. El progreso es progreso de tradición, pues es ésta la que progresa. Y toda nueva conquista de aquél es una tradición nueva. Querer separar la tradición de Carlos III de la de Felipe II es querer, en la desembocadura de un río, separar las aguas de sus diversos afluentes.

A nombre de tradición quiéresenos volver á cierto régimen federal, de regiones ó tal vez de cantones. El regionalismo sería la muerte de la cultura, cuyo órgano es el Estado unitario y liberal frente á la Iglesia. El regionalismo es tradición medioeval. Sobre las divisiones de cantones la Iglesia como única unidad fuerte. Es el clero el que propugna las lenguas regionales, que separan contra la lengua unitaria, la del Estado, forjado en el yunque de la Reforma. La región es lo conservador, lo tradicionalista; España lo liberal. La unidad española es, como la italiana, obra de cultura. Las regiones, faltas de un fuerte poder central, acabarían en Estados Pontificios.

El liberalismo es centralizador. Las pequeñas naciones podrán ser más democráticas—y ni aun esto,—pero más liberales no. Un sentimiento romántico, es decir, antipolítico, podrá llevarnos á simpatizar con Holanda, el Transvaal, Polonia; pero la causa de la civilización, del legado humano universal, está con Inglaterra, en los dos primeros casos; con Alemania en el tercero. En la guerra de Sucesión, en Cataluña, los soldados de Felipe V eran los soldados de la libertad y la cultura y Pau Claris un reaccionario.

Y ahora cúmplices llamar á las cosas por su nombre. El un criterio es el católico, el otro el liberal. No cabe ser liberal y católico. Es sanidad ó hipocresía querer distinguir anticlericalismo de anticatolicismo. Tiene que acabar lo de escucharse en ciertos obispos norteamericanos cuyas doctrinas han sido con entera lógica condenadas en Roma. Los liberales españoles, para poder triunfar, han vivido entre embustes y confusiones. Han hecho protestas de ortodoxia, de doctrina católica recta, sin conocer la dogmática doctrina, ni derecha, ortodoxa, ni torcida. Esto tiene que acabarse. Católico liberal es en España, más que en otra parte, un contradictorio. Si alguno de vosotros me dijere que es católico liberal, le diré que ó desconoce el catolicismo, ó el liberalismo, ó los dos, que es probable.

Da pena leer la prensa que se llama liberal sin querer reconocer su heterodoxia; da pena oír á los oradores mitingueros del liberalismo en bloques, y no en estatua, cuando se afirman ortodoxos. Y da más pena ciertas interesantes visitas á ídolos para halagar lamentables sentimientos. Y con eso á nadie se engaña. No se engaña al clero secular cuando se le adula para atacar al regular. Melquíades Alvarez dijo en Granada que la religión católica es un factor en la vida política del país, y que no se separaría de ella si fuera gobernante, recordando la irascia de Napoleón de que si hubiera sido rey de los judíos habría levantado el templo de Salomón. Sí, el poder bien vale una misa. Añadía que yo, que no soy sino escritor, un publicista, puedo decir que hay que descatolizar á España, pero no el que aspira á gobernarla. En efecto, yo no aspiro á gobernarla, la gobierno, y sin el poder. El poder en esas condiciones queda para Pilato, respetuoso con los fariseos.

En el orden práctico lo que nos urge hoy es que los confesadamente no católicos no queden, como de hecho quedan, fuera de la ley común; que la heterodoxia no sea ilegal. El gran triunfo del liberalismo español sería que un heterodoxo confeso entrara como tal, y sin abdicar, en un gobierno dinástico, que los católicos son mayoría. Entre los es-

pañoles conscientes, entre los que tienen conciencia de su ciudadanía y de sus convicciones, lo dudo.

Seamos sinceros. No se hable ambiguamente de religión, en abstracto, cuando se trata de la católica, ni se hable del cristianismo.

Un fin cristiano es servir al progreso, hijo de la feliz culpa, hijo del pecado original que nos trae la redención; servir á la cultura, tender á realizar el reino de Dios en la Tierra, tender á ser dioses y en este suelo en que se abrazaron la fe de Jesús y la ciencia de Platón; pero no tomando esto como mero lugar de paso y de condena buscar la egoísta salvación individual.

La redención es colectiva; se redimen los pueblos y se redimen por la cultura, que es el combate por arrancar á Dios el secreto del bien y del mal.

A esta labor de cultura tienen que venir los jóvenes dejando la soledad, madre de la duda. Es terrible el desaliento de los que no han luchado. El deber de cada hombre es esforzarse por salvar á la humanidad, y esto por medio de la patria.

«No conquistaréis la humanidad—decía Mazzini á los jóvenes de Italia—sino cuando cada pueblo haya conquistado la patria, que es el punto de apoyo de la balanza entre el individuo y la humanidad.» Y la patria es, como el mismo Mazzini decía, ante todo la conciencia de la patria y la fe en ella.

El fin del liberalismo español debe ser la España ideal, universal y eterna, no territorial y temporal tan sólo; la idea de España. La patria es algo más que una razón social económica. Riqueza y salud, sí, pero no para que cada cual sea feliz y goce, sino para sacrificarnos todos y que no muera el espíritu que dió el «Quijote», la «Subida al Monte Carmelo», los cuadros de Velázquez, la conquista de Méjico; no una Beocia harta de parvas y de cebones. Si hemos de eternizarnos, nos eternizaremos en una España triunfante y eterna, que surja de la militante y temporal.

Lo primero es la libertad espiritual de la patria, su religión. Fué grande España cuando su religión fué suya y se sirvió del catolicismo para su fin humano y de cultura; decayó desde que el catolicismo se hizo dueño de ella y se hizo rutina. Es una reforma religiosa lo que nos hace falta, y el liberalismo el que nos la puede traer.

